La sal nunca debe perder su sabor

Espiritualidad Vicentina y Profecía

Stuardo Marroquín, C.M.

La sal es imprescindible en la cocina. Es un ingrediente que no puede faltar en cualquier comida. La sal, como se dice popularmente, es la que da el sabor a las comidas.

Pues bien, querida Familia Vicentina, después de esta introducción muy somera sobre la sal y dentro del contexto de la celebración de los 400 años de nuestro carisma, podemos pensar en alguna analogía aplicable para nuestra vida, en el ser y quehacer de nuestra vocación, en la vivencia de nuestra Espiritualidad Vicentina.

Pensemos en una rama de la Familia Vicentina o en la Familia Vicentina en su conjunto en una región o un país, tal como los granos de sal, juntos en un recipiente, en la cocina. Granos de sal que se han hecho conscientes de su vocación, del llamado que Dios les ha hecho y que han decidido estar dispuestos, para dar sabor a la vida de las personas empobrecidas (Mt 5, 13).

La Familia Vicentina reconoce que tiene un "sabor salado especial", su espiritualidad, que Dios mismo le ha dado, esto es ***su capacidad de amar a las personas más empobrecidas y reconocerles como sus hermanas***, pues les ha sido dado un corazón de carne y no un corazón de piedra. Además, al tener consciencia que tienen ese sabor salado especial, saben que están para sazonar, como un ingrediente vital, la vida de quienes considera sus amos y señores: aquellas personas que por alguna razón sienten que sus vidas no tienen sabor o aquellas personas que han sido exprimidas

hasta quitarles casi todo su sabor. Son las personas a quienes se les ha hecho creer que no sirven para nada, más que para ser arrojadas a la basura.

Esta Familia Vicentina, sabe que su misión de ser sal para el mundo de las personas empobrecidas, está en manos del Gran Cocinero: Dios, el encarnado en Jesús de Nazaret y hoy sufriente en las personas crucificadas de la Historia. El Gran Cocinero confía en esa sal especial que tiene, en esa espiritualidad de la Familia Vicentina, para darle sabor a la vida de sus predilectos.

Hay algo importante que ocurre en este proceso de darle sabor a la vida de las personas empobrecidas, las predilectas de Dios: tal y como ocurre con la sal en la cocina, al agregarse los granos de sal a una sopa que tiene tomate, zanahoria, cebolla, yuca y carne, *la sal dejará de ser grano para convertirse en sabor diluido*, sabor que penetrará cada vegetal, cada pedazo de carne. No se verán los granos de sal en la sopa, pero sí se sabrá que los granos fueron echados en la sopa al probar su sabor. Ocurre una transformación del sabor, es decir, una transformación del amor, un amor que la Espiritualidad Vicentina le llama afectivo y efectivo.

Sin embargo, hace falta decir algo más. Para que estos granos de sal se transformen en sabor diluido y penetrante, deben pasar por el fuego, deberán hervir junto con cada ingrediente de la sopa. Eso se convierte en un paso imprescindible.

Para la Familia Vicentina, el texto de las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12) se convierte en el camino para reconocerse como granos con un sabor salado especial y luego transformarse en sabor diluido, pasando por el fuego.

¿Qué significa ser sal desde la Espiritualidad Vicentina?

1. Significa asumir el espíritu del pobre, asumir su causa como causa propia, no ser ajeno a su realidad dolorosa ni evadir las causas de su sufrimiento y pobreza.

2. Significa llevar un consuelo, ser consuelo afectivo y efectivo para quienes sufren y están tristes porque su vida les es amenazada por la injusticia y la indiferencia.

3. Significa hacerse nada con los desposeídos, y buscar juntos las posibilidades de vida para heredar la tierra para todos, una tierra que brinde lo dignamente necesario para cada ser humano.

4. Significa padecer con las otras personas, asumir sus dolores, sufrimientos, decepciones, desesperanzas y frustraciones, y no dejarles, no abandonarles. Ser solidarios y estar a su lado.

5. Significa amar a las personas empobrecidas y sufrientes con transparencia, sin dobles intenciones, sin pretender ganar honor, poder, privilegios ni obtener algún tipo de premio, ni siquiera ganarse el cielo. Simplemente amar con sinceridad, porque se reconoce en las personas empobrecidas a hermanas y hermanos.

6. Significa buscar y construir la paz, no solamente rezar por ella. Es la paz que conlleva la vida plena para todos y busca garantizar la justicia, la equidad, la solidaridad y la fraternidad. Es la paz de reconocerse y sentirse un solo pueblo, con un solo corazón.

7. Significa asumir la persecución, las calumnias, los insultos, los maltratos, el sufrimiento por causa de la práctica de todo lo anterior. Incluso asumir la muerte, el martirio a causa del Reino de Dios y su justicia. Significa llegar hasta las últimas consecuencias, pero con alegría. Con la certeza de haber vivido a plenitud la razón de ser. Con la certeza de haber cumplido lo que Dios esperaba que hiciéramos: darle sabor a la vida de muchas personas que viven desabridas; darle sabor a muchas realidades políticas, económicas, sociales, religiosas y culturales que generan víctimas, que practican las injusticias, que son netamente inhumanas.

Precisamente, en esto último está el fuego que hace penetrar el sabor salado especial en cada ingrediente de la sopa. Es el sabor de quien se hace y vive como testigo del amor de Dios. "No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Esto dijo y vivió Jesús de Nazaret. Sólo quien ha vivido siendo sal que da sabor a los últimos, va a sufrir el fuego de la persecución del mundo, no le va a caer bien a quienes generan sufrimiento e injusticias. Para la Familia Vicentina en el mundo, ese será el fuego que probará que efectivamente se ha cocinado y ha dado sabor, penetrándolo todo en la sopa.

Esta es la dimensión profética de la Espiritualidad Vicentina. Es la consecuencia de ser y estar con las personas empobrecidas y denunciar con coraje y radicalidad todo el pecado que genera muerte, hambre, desnudez, migraciones forzadas, enfermedad, sed, violencia, marginación y exclusión. La dimensión profética de esta Familia Vicentina le lleva a no hacer pactos con la corrupción, con el narcotráfico, con explotadores, con opresores, con gente violenta y sanguinaria. Esta profecía le lleva a distanciarse claramente de quienes están generando más pobreza e injusticia. Ya lo decía Jesús: "no se puede servir a dos amos" (Mt 6, 24).

Esta dimensión profética de la Espiritualidad Vicentina le lleva a vivir su entrega, a diluirse en la sopa y penetrar todos los vegetales y carnes con su sabor salado especial, pero haciéndolo con alegría y así anunciar el Reinado de Dios, generando esperanza, justicia y paz.

Lamentablemente, algunas veces ocurre que algunos granos de sal, de este gran salero de la Familia Vicentina, con ese sabor salado especial, están tan contentos de estar juntos en el recipiente que los contiene en algún lugar de la cocina, se sienten tan felices que no se quieren separar, que no están dispuestos a ser disueltos en ninguna comida, no quieren que el Gran Cocinero los tome y los agregue a la sopa. Se rehúsan a separarse y diluirse, y prefieren quedarse juntos por mucho tiempo, no permitiéndose ser lo que son. Se la pasan tan bien juntos, disfrutan tanto viéndose a sí mismos y vanagloriándose de ser esos granos con ese sabor salado especial, sintiéndose muy

importantes y llenándose de un insano orgullo. Contentándose algunas veces con dar paliativos, buscando calmar síntomas y no curar las enfermedades.

Y por eso se cuidan unos a otros, para que no puedan ser separados, para que no sean llevados a ser mezclados en una sopa y disueltos, para que no terminen dándole sabor a los vegetales y a la carne que tenga la sopa. Evitan pasar por el fuego, le huyen a su dimensión profética. Parece que esos granos de sal piensan que su vocación es pasársela bien juntos, antes que ser separados y diluidos en una gran sopa. No han descubierto que, al ser diluidos en una sopa, van a ser mucho más unidos, se convertirán en un solo cuerpo, un cuerpo llamado sabor en toda la sopa y ya no les podrán separar nunca (Jn 12, 24-25).

Al pasar el tiempo, mucho tiempo, estos granos de sal que se rehusaron a darle sabor a las sopas, a las comidas, con tal de estar juntos cuidándose y no dejándose mezclar con el agua, menos dejarse cocinar por el fuego, finalmente, terminan juntos pero sin sabor, insípidos, perdiendo su sabor salado especial y hasta su forma de granos. Sin darse cuenta habrán perdido su esencia. Dejaron de ser sal y se convirtieron en un montón de granos insípidos juntos, pero que no sirven para nada, solo hacen bulto, ocupan espacio.

El Gran Cocinero, al descubrir estos granos inservibles, sin sabor, no le quedará más que tirarlos a la basura. Serán desechados por no ser lo que estaban llamados a ser. Ya no servirán para nada. Pobres granos de sal, que tuvieron un sabor salado especial en un tiempo, pero por creer que su razón de ser era mantenerse amontonados, juntos y cuidarse a sí mismos de no ser diluidos en las comidas, perdieron su sabor y terminaron por ocupar espacios inútilmente. Triste fin de estos granos insensatos, incoherentes, que negaron su razón de ser en la cocina: dar sabor a las comidas. Se creyeron buenos, lo mejor de lo mejor, creyeron haber ganado el cielo y no se quisieron insertar en la realidad. No quisieron dejarse amar por las personas empobrecidas ni se dieron permiso para amarles (Mt 25, 31-46).

En la Familia Vicentina, algunas veces, nos hemos dedicado a la pompa, a darnos fama, a cuidar nuestra reputación de sal con buen sabor, a cuidar de no mezclarnos con el resto que no son sal. Quizás por eso ahora nos podríamos estar percibiendo insípidos; a lo mejor estamos perdiendo nuestro sabor salado y esa es la razón por la cual podemos ser simplemente desechados. Podría dar la impresión que ya no servimos para nada, pues hemos perdido nuestro sabor.

En el Evangelio según San Mateo, inmediatamente después de las Bienaventuranzas, Jesús dice: "Ustedes son la sal de este mundo. Pero si la sal deja de estar salada, ¿cómo podría recobrar su sabor? Ya no sirve para nada, así que se le tira a la calle y la gente la pisotea" (5, 13).

Es un versículo francamente lapidario. Quien tenga oídos que oiga, diría Jesús.

Celebrar los 400 años de nuestro Carisma como Familia Vicentina es recuperar nuestra identidad de granos con un sabor salado especial, recuperar nuestra esencia. El lema "Fui forastero y me recibiste" (Mt 25, 35), nos compromete a hacer la opción clara y expresa por las personas migrantes, indocumentadas, sin derechos, desplazadas, ilegales, refugiadas y sin tierra.

La palabra forastero aparece, por lo menos, unas 107 veces en la Biblia. En el Antiguo Testamento, especialmente en el Pentateuco, los Salmos y los Profetas se hace una amplia alusión a los forasteros, pero sin separarlos de las viudas y los huérfanos. Son un mismo grupo de personas. La concepción más profunda acá, es que un Dios que abandona a estas personas: forasteros, viudas y huérfanos, no es el Dios verdadero. Sólo alguien verdaderamente creyente en el Dios liberador del pueblo, obrará con respeto y justicia, garantizando la dignidad de éstas personas (Dt 10, 18-19; 14, 29; 24, 14; Sal 94, 6; 146, 9; Jer 7, 6; 22, 3).

En la actitud solidaria, de acogida, de valoración, de amor hacia viudas, huérfanos y forasteros se reconoce al creyente en Dios y a la

persona que es plenamente humana. La Ley de Dios acoge a todas aquellas personas que no son acogidas por las leyes del "Mundo". La Ley de Dios rebasa las leyes de los "legales", de los "nativos", y da derechos y garantías para que aquellas personas a quienes les está negada la justicia y el reconocimiento de su dignidad humana, sean incluidas en plenitud. Las viudas, los huérfanos y los forasteros son los ilegales, los sin derechos, los desprotegidos, los desplazados, los refugiados, los campesinos sin tierra (Ex 12, 49; Lev 24, 22; Dt 5, 14).

La Ley de Dios, es la ley que te humaniza, la ley que te recuerda que eres imagen y semejanza de tu Creador. Esta Ley de Dios siempre buscará recordarnos que todos los seres humanos somos migrantes, somos forasteros en esta Tierra, en esta Vida. Nadie es dueño de la Tierra más que su Creador. Por lo tanto, todos los seres humanos, por esta Ley de Dios que no deja a nadie por fuera, garantiza la vida digna y plena de toda la humanidad (Ex 22, 20; Lev 25, 23; Sal 39, 13).

Los forasteros, al igual que las viudas y los huérfanos, son los más protegidos por Dios, recordando que el Pueblo de la Alianza fue esclavo y fue forastero, sufrió mucho y por tanta invasión, esclavitud y guerra tuvo muchas viudas y huérfanos, anduvo errante y Dios fue errante junto con él. Dios se hizo forastero, caminante, indocumentado, ilegal, junto con su Pueblo. Dios se constituyó en el Consolador y Juez de las Viudas y el Padre de Huérfanos.

Dios es, entonces, el Dios de ilegales, de los sin derechos, de los que no son, de los no reconocidos, de los invisibilizados, de quienes están sólo esperando la muerte porque no son acogidos por nadie. Son los rostros sufrientes de Cristo.

Esta Ley de Dios está por encima de todas las normas legales o leyes de cualquier Estado. En el Nuevo Testamento, la Ley de Dios está directamente relacionada con las Bienaventuranzas y con el llamado Juicio Final. Jesús fue claro al decir que no venía a abolir

la Ley, sino a darle pleno cumplimiento. Por ello su radicalidad en la opción por los pobres, una opción que se da porque el Espíritu de Dios está en él. Esta opción le hizo proclamar que los últimos serán los primeros, pues para el Padre, son sus predilectos, y si los últimos tienen garantizada la posibilidad de vida en plenitud, será el signo claro de que el Reinado de Dios se ha cumplido.

Los forasteros son personas empujadas a la mendicidad económica, a la marginación o exclusión jurídica y a la opresión psicológica. Viven el desarraigo, el destierro, la incertidumbre, el miedo y la inestabilidad, muchas veces en sus propios países. Es un conjunto de vulnerabilidades que hacen que su vida esté en riesgo constante. Se convierten en las personas que pueden ser utilizadas por otras que se aprovechan de su condición. Muchas veces explotándolas laboralmente, pagándoles sueldos miserables y en condiciones inhumanas. Son personas que se convierten en mercancía del negocio de la Trata de Personas.

Se debe tener claridad que en el término forastero no se incluye al extranjero que se hace legal o nativo porque tiene con qué pagar, y con ello se hace sujeto de derechos, de leyes estatales que le amparan.

Según la Ley de Dios, el forastero rompe el encierro de lo nativo y se abre a la dinámica amplia de lo familiar. Invita a recibir, a acoger al forastero como alguien de la propia familia, como un hermano más (Lev 19, 34; Dt 23, 8). Esto se debe hacer por amor, amor de Dios y amor hacia los últimos. La grandeza del amor de Dios se muestra en la protección a los pequeños. Los forasteros, junto con las viudas y los huérfanos, son quienes abren con su presencia, un camino claro y directo que conduce a Dios y, por ello, San Vicente de Paúl nos invita a darle la vuelta a la medalla, pues en la persona de los forasteros, claramente se descubrirá a Jesús Crucificado (Mt 25, 40.45). Quien ama a estos ilegales, a los sin derechos, ama a Dios. Esta es la prueba real y concreta del amor de Dios. Sólo desde Dios se les podrá reconocer a los forasteros como humanos y como hermanos. Ellos son signo, son sacramento de Dios. Como

bien nos ha dicho San Vicente de Paúl, “Dios ama a los pobres y, por consiguiente, ama a quienes aman a los pobres”.

Entonces, nuestra Espiritualidad Vicentina necesariamente debe pasar por esta prueba de fuego, para saber si es real. Si no pasa por esta prueba es sólo humo que el viento lleva y trae a su antojo.

“Fui forastero y me recibiste”, implica conversión: es la capacidad, la gracia de reconocer a la persona extraña como mi hermana. Implica que su presencia me va a incomodar, me va a poner en riesgos con las leyes estatales. Asumir este lema de los 400 años de nuestro Carisma es más que recibirles y acogerles en nuestra propia casa; es más que darles de comer o beber o brindarles abrigo y techo.

Acoger al forastero es implicarnos en el reconocimiento de sus derechos, es buscar su legalidad, el acceso a trabajo digno. Es conocer su origen y su historia. Es denunciar aquellas situaciones de injusticia, de opresión, de pecado, que hicieron que no le quedaran más que dos opciones: morir o ser forastero y renunciar a sus derechos como nativo y convertirse en un ilegal.

Es preciso que nuestra Espiritualidad Vicentina, siendo congruente con la tradición bíblica y la misión de Jesús de Nazaret, incida en el ámbito político, económico, cultural, social y religioso, de tal forma, que se creen estructuras que garanticen la vida digna de cualquier persona, no importando su raza, su procedencia, su sexo, su edad, su religión o cualquier otra condición humana. Es tiempo de recuperar el sentido bíblico del ser humano: ciudadano del mundo, peregrino, migrante y errante, imagen y semejanza de Dios, hermano de las demás de su especie y de todo lo creado.

Ese será el espacio donde se nos invita a vivir con profecía el “acoger al forastero”. Hay personas que se oponen y se opondrán rotundamente al reconocimiento del forastero como nativo, como sujeto de derechos, como hermano.

Las guerras, el racismo y la explotación económica, entre otras, son las principales causas que generan millones de forasteros. Causan enfermedad, sufrimiento, muerte de inocentes. Derraman sangre que clama al cielo, tal como la sangre de Abel. ¿Cómo podemos incidir como Familia Vicentina, para contrarrestar esas causas?

Ha dicho San Vicente de Paúl que la oración nos hará capaces de todo, nos impulsará a no dejarnos paralizar por el miedo, a no hacer pactos con la injusticia ni la corrupción. Toda ley que vaya contra la Ley de Dios, estamos obligados a no cumplirla. Más allá de leyes estatales está la ley de Dios. Por sobre cualquier ley que nos impida reconocernos y amarnos como hermanos, está la Ley de Dios que es el amor. *Dios es amor,* dice san Juan, *y quien ama está en Dios y Dios en él. Si alguien dice que ama a Dios a quien no ve y no ama a su hermano a quien si ve, es un mentiroso* (1 Jn 4).

Y recordemos pues, que la sal que ha perdido su sabor, ya no sirve para nada. Una Familia Vicentina que pierda su espiritualidad y no le dé sabor a la vida, que sea indiferente ante las causas de las injusticias, de la pobreza, del dolor y sufrimiento de los pobres, es una Familia Vicentina que no servirá para nada. Una Familia Vicentina que tiene miedo de dar sabor porque se pone en riesgo, porque puede perder privilegios, poder, honor, dinero, estatus, está condenándose a ser desechada (Mt 5, 13).

Dios siga haciendo camino con y entre la Familia Vicentina en el mundo entero, dándonos siempre ese sabor salado especial y el coraje para vivir con profecía nuestra acogida al forastero.

Bendiciones hoy y siempre.

San Vicente de Paúl, ruega por la Familia Vicentina. Amén.

"Fui Forastero y me Hospedasteis"

Bernard Massarini, C.M

El tema del extranjero no hacía parte del lenguaje de San Vicente. La revelación bíblica introdujo este tema como criterio para el juicio final: *"fui forastero y me hospedasteis"*. Esta revelación debería hacer que el creyente prestara mucha más atención al emigrante, a ese que se desplaza, porque a ejemplo de Abraham –el primero en ponerse en camino luego de ser llamado–, el pueblo de Dios también será parte del Éxodo quien sólo se instalaría en un lugar fijo después de entrar en el tiempo de los Reyes quienes a su vez serían los encargados de ofrecer un hogar para Dios hasta ahora nómada. Mantener viva esta memoria permite a los creyentes, hombres y mujeres, sensibilidad frente al problema de la itinerancia.

Se me ha pedido escribir las contribuciones de los cohermanos sobre este tema. Lo que más me ha interesado es que este tema fuera seleccionado como lema para conmemorar los 400 años del carisma, máxime cuando sabemos que no ha sido parte de las premisas de ninguna de las ramas de la Familia Vicentina. Tal vez por eso mismo es por lo que ha sido más fácil convertirlo en el objeto de atención de todos y de cada uno.

Esta propuesta es fácilmente traducible a nuestra identidad vicentina, sobre todo, en cuanto al contenido se refiere: la atención a los más pobres. Tema que podría conducirnos, y así lo esperamos, a renovar nuestra comprensión del carisma legado por San Vicente. Un carisma que a veces diluimos en el discurso cultural ambiente impregnado casi siempre de temores que tienen que ver con la invasión. De hecho, muchos de nuestros países se dejan ganar por el miedo a que los extranjeros se tomen los recursos, por cierto escasos.

O también por el riesgo de hacer colapsar la economía debido al número de personas que llegan, incluso temen un desplazamiento de nuestras tradiciones religiosas favoreciendo por ejemplo al islam.

Si bien es cierto que los textos de San Vicente no hacen mención explícita del término extranjero, muy seguramente porque no era una expresión contemporánea de su momento, también es cierto que en los escritos que poseemos actualmente encontramos 50 veces el término "Turco", 26 veces la palabra "refugiado", 4 veces "nativo" y 2 veces "berberisco". Y además San Vicente citó muchas veces la Biblia en la traducción de la Vulgata, muy latina por cierto.

Sin embargo, cuando se refiere a los berberiscos lo hace para invitar a los misioneros a formar sacerdotes nativos con el fin de garantizar una misión prolongada entre ellos. Por tanto, no se trata de un término peyorativo sino descriptivo.

Cuando Vicente habla de los refugiados lo refiere para describir la realidad de muchas personas afectadas por las consecuencias de las guerras: pobres, campesinos, nobles y religiosos. Realidad que se convirtió para San Vicente en una de sus principales preocupaciones desde 1639 hasta 1659. Él se aseguraba de que quienes llegaran a París huyendo de los peligros en su región de origen, fuesen recibidos dignamente. Esto implicaba vivienda, comida y alimento espiritual a fin de poder soportar ese difícil momento pero sin perder el sentido de su historia. Para quienes no hubieran podido desplazarse, San Vicente enviará ayuda económica y material y también semillas para la siembra. El pretendía con esto que los desplazados, después de haber superado el periodo de prueba, retomaran la vida que tenían. San Vicente también animaba a los tenderos de París para que recogieran ropa o cualquier cosa que pudiese servir de ayuda a quienes habían sufrido los embates de la violencia.

Todo aquello era muy bien pensado. Incluso hasta la impresión de los folletos llamados "Las Relaciones", publicados gracias a los relatos de la compañía del Santísimo Sacramento. En ellos se describían escenas de la guerra, con el fin de concientizar a los

parisinos sobre la miseria que estas producían y de esta manera contribuyeran eficazmente con la recolección de fondos.

Informar era una constante en la experiencia del señor Vicente, cosa que lo acompañará hasta el final. Me parece que esta debe ser la misma preocupación de los vicentinos que a menudo hoy, se preguntan cómo reproducir en Francia esos sentimientos genuinos de Vicente cuando tienen la impresión de estar realizando una misión diferente, pues algunos están dedicados a servir a otro tipo de personas como son los musulmanes. [¿Cómo hablar de Dios a quienes vienen de diferente tradición religiosa?...].

También hemos mencionado en estas líneas que en el lenguaje de San Vicente existía el vocablo "turco". Esta palabra naturalmente era usada para referirse a la gente de Turquía pero también se usaba para referirse a los musulmanes, principalmente a los del África del norte. Aunque en el Mediterráneo los reinos cristianos estuvieran sufriendo la piratería y las aspiraciones hegemónicas de los sultanes turcos heredadas del Califato islámico, San Vicente solo tenía una única preocupación y era sostener espiritualmente a los presos. Sabiendo San Vicente que para realizar esta tarea se permitían sacerdotes o religiosos, a veces ellos mismos prisioneros, se interesaría, gracias a los subsidios de la duquesa de Aiguillon, en adquirir el consulado de Túnez y el de Argelia. Los primeros misioneros en partir fueron sacerdotes y algunos hermanos médicos. De este modo San Vicente mostrará su preocupación por el cuidado integral de la persona, entendida como atención física y espiritual. Alguna vez San Vicente intercambiaba un correo con el P. Julien Guérin, en Túnez, en el que le refería que mientras él trataba de solucionar algunas diferencias entre dos cristianos, un turco lo había sorprendido con el siguiente comentario: *«Padre, a nosotros los turcos no se nos permite permanecer por más de tres días enojados con nuestro vecino aunque este haya matado a alguno de nuestros más cercanos familiares* (SVP III, 978). Con esto, San Vicente pretendía mostrarle al P. Julien que en esa cultura hay muchas cosas buenas y que deberían imitarlos a fin de llegar a ser buenos cristianos.

En la instrucción a los misioneros enviados en misión, a pesar del mal trato que muchos sufrían, San Vicente advertía que nunca deberían *"discutir sobre religión, ni decir algo que la desprecie"* [Instrucción misionera antes de la partida hacia Argelia del Señor Nouelly y del hermano Barreau. SVP XIII, 306]. Vicente recuerda que "*el ejemplo de los sacerdotes fervientes y dedicados, esos que irradian su íntima caridad, ofrecerá a los musulmanes una ideas más justa del cristianismo"* [anales de la misión de Barbados].

A nuestro turno, quienes estamos sirviendo a esa población en nuestros países, debemos intensificar esa misma actitud de respeto hacia ellos; además, la preocupación que tenía San Vicente por el cuidado integral de la persona debería marcarnos a todos nosotros. Estoy pensando particularmente en quienes han llegado a Francia últimamente. Pienso también en aquella Hija de la Caridad quien, en la huerta de su comunidad local en Valfleury, permitía a los inmigrantes cultivar algunas hortalizas con el propósito de mejorarles su alimentación. Estoy pensando además en la hospitalidad que se brinda en el antiguo Seminario Interno del Berceau a algunos inmigrantes provenientes de Etiopía, Somalia y Afganistán. Allí han encontrado abrigo después de haber sido rechazados por algunas asociaciones locales.

Hoy, extranjero no designa únicamente a la persona de otro país, aunque los medios de comunicación centren la atención únicamente sobre este fenómeno. En nuestro caso francés, los medios lo refieren particularmente a la migración africana. En el corazón de nuestras sociedades la gente es extranjera no en razón del color de piel, sino en razón de que han perdido su vínculo social, es decir las llamadas personas sin techo. Para ellas, los Equipos Vicentinos de Francia (AIC), recientemente instalados, han puesto en marcha un servicio de higiene personal proporcionando autobuses con duchas. Podríamos evocar también un servicio inventado por las Conferencias en el Oeste de Francia: ante el rechazo a las personas sin techo porque generalmente tienen un perro, se ha creado una especie de perrera mientras sus dueños superan la emergencia.

Somos conscientes de que algunos de nuestros servicios requieren la ayuda de psicólogos para reaprender los códigos de comunicación cuando las personas afectadas por la pobreza pierden las nociones de la vida.

Aunque los medios de comunicación hacen que centremos nuestra atención sobre la importancia del fenómeno migratorio proveniente de África, no podemos olvidar que también existe en nuestra sociedad la llamada trata de personas, que generalmente son víctimas del comercio sexual. Recuerdo en ese sentido la intrepidez de un miembro de la Sociedad de San Vicente, de edad avanzada por cierto, quien, solicitado por las Conferencias de su ciudad, se ofreció voluntariamente junto con su esposa a ayudar a rescatar de una red de prostitución a un grupo de niñas sordomudas y a esconderlas en su casa. Estaba dispuesto a correr los riesgos que una tal acción implicaría si fuese descubierto.

Hay otro trabajo dirigido por un colectivo nacido alrededor de las Conferencias y Equipos de San Vicente. Este trabajo consiste en *acompañar, a la hora de la muerte, a los sin techo.* Este colectivo puso en marcha un servicio de acompañamiento para los funerales de las personas que mueren en la calle. Pasaron diez años para que al fin un representante del Islam se uniera a esta iniciativa y aceptara acompañar a la gente de cultura islámica. Este servicio va a evolucionar progresivamente pues muchas casas funerales los están solicitando cada vez más. Muchas veces los invitan a acompañar también a las personas que mueren en los asilos o en sus propias casas pero que no tienen ningún tipo de familiar o doliente. Esto le confiere a esta asociación el lugar que el señor Vicente le hubiera dado. Hoy extranjero no es únicamente la persona de otro país como lo he dicho; aquí podemos aplicar el consejo que San Vicente les daba a las primeras Damas en su servicio a los pobres cuando les decía que su trabajo terminaría sólo cuando los pobres fueran enterrados con los honores debidos a todo ser humano.

Pienso también en las ciudades donde tenemos Equipos de San Vicente (AIC), Conferencias, establecimientos escolares, viviendas de carácter social para niños. Hoy debemos acostumbrarnos a pensar en las diferentes maneras de servicio al pobre, tales como la protección de la infancia, la educación, la parte social y cultural. Pienso por ejemplo en los lugares donde los Equipos de san Vicente (AIC) prestan el servicio de la enseñanza del francés y donde se ha podido brindar un espacio en el que los inmigrantes pueden acercarse y encontrar ese servicio o en otros casos también se ha podido prestar el servicio del aprendizaje de las nuevas tecnologías a través de estos mismos Equipos de San Vicente (AIC).

Pienso en ese liceo técnico que ha recolectado regalos navideños para *los jóvenes en la cárcel de menores.* Pienso en otro establecimiento escolar técnico que acoge a algunos jóvenes con diferentes discapacidades provenientes de un orfanato, uniendo de esta manera los mejores esfuerzos para servir a los jóvenes sobre todo los más necesitados.

Pienso en los jóvenes de DePaúl que, en Inglaterra, desarrollaron un proyecto de formación deportiva para jóvenes de la calle; y en Francia, en dos grandes ciudades, el servicio de higiene con el autobús-ducha.

Otra Conferencia va a crear un grupo de lectura espiritual de la Biblia como respuesta a una petición de uno de los musulmanes que han sido acogidos. Felices con ese compartir, se les ocurrió la idea de crear un grupo de teatro con el fin de representar los textos que más los han tocado; espectáculos que desde hace tres años hacen parte de las fiestas nacionales en Francia.

Finalmente, el éxito de *las mesas de Fred*: mesas dominicales contra la soledad, una especie de Banco de crédito para los pobres (sin interés) desarrollado por un Equipo de San Vicente (AIC) y cuyo reintegro comienza sólo después de cuatro años de haber obtenido el préstamo.

Concluyo con tres consignas:

- Cuando nos encontremos con un pobre **retengamos nuestro juicio sobre el origen de su pobreza**. Pues corremos el riesgo de convertirnos en jueces **en vez de ayudarle a salir de su callejón sin salida**. Debemos actuar para encontrar, junto con esa persona, la manera de salir de esa situación concreta que le reduciría a convertirse en un "caso" de pobreza más. Recordemos que para San Vicente el sufrimiento no es otra cosa que Dios trabajando para completar su obra:

Por eso permite Dios que sus servidores tengan que sufrir. Pero, padre, me diréis, ¿cómo es posible esto? Hijas mías, nos pasa como a una piedra de la que se quiere sacar una hermosa imagen de Nuestra Señora, de san Juan o de algún otro santo. ¿Qué tiene que hacer el escultor para lograr su propósito? Tiene que tomar el martillo e ir quitando de esa piedra todo lo superfluo. Para ello golpea la piedra a martillazos, de forma que al verlo diríais que la quiere hacer añicos; luego, después de haber quitado lo más grueso, toma otro martillo más pequeño, y luego el cincel, para empezar a diseñar la figura con todas sus partes, y finalmente otros utensilios más delicados para ultimar los detalles y dar la perfección deseada a esa imagen. Mirad, hijas mías, Dios obra también de esa forma con nosotros (SVP IX/2, 795).

- Si recibimos a un pobre recordemos que es **un ser en situación de pobreza,** un ser que vive una situación transitoria y escuchemos sus necesidades (recuerdo un mendigo a quien le ofrecí un boleto de cine, se echó a llorar porque nunca antes nadie le había dado semejante regalo y me dijo: "Primero voy a tomar una ducha"). Recordemos "darle la vuelta a la medalla" San Vicente... ¿Cómo recibimos a Jesús?

"No hemos de considerar a un pobre campesino o a una pobre mujer según su aspecto exterior, ni según la impresión de su espíritu,

dado que con frecuencia no tienen ni la figura ni el espíritu de las personas educadas, pues son vulgares y groseros. Pero dadle la vuelta a la medalla y veréis con las luces de la fe que son ésos los que nos representan al Hijo de Dios" (SVP XI/4, 725).

- Finalmente cuando tratemos de encontrar una salida para alguien, **hagámoslo primero nuestro prójimo y no nos olvidemos de actuar en conjunto**. Como no podemos actuar solos tengamos presente que otros vicentinos estarán prestos a acompañarnos (no sé cómo enseñar el francés…: pues los envió donde la sociedad de San Vicente que sí saben cómo hacerlo. No conozco nada de informática: pues los envío donde los Equipos de San Vicente (AIC) que ellos sí conocen, eso es ayudarnos mutuamente).

"Encontrar a seis pobres que no estén en disposición de poder ganarse la vida; nos hemos creído obligados a buscarles los medios para ello, repartiéndoles hachas, podaderas y ruecas, para hacer trabajar a los hombres y a las mujeres, que de este modo no resultarán una carga para nadie" (SVP IV, 129-130).

Traducido del inglés por José Gregorio García, C.M